

EL CORAZON DEL OTRO

Por: R.J. LOVERA DE-SOLA

En la literatura venezolana se puede decir que prácticamente no hay novelas policíacas. El género ha sido extraño a nosotros. Ha habido, sin embargo, algunos escritores que han compuesto obras policíacas, sobre todo dentro del cuento, pero no hay una tradición entre nosotros, fuerte y vigorosa, como la que encontramos en las letras anglosajonas, con piezas supremas como alguna de Ágatha Christie o William Faulkner, textos recogidos por Jorge Luis Borges en una muestra que es antológica del género con textos que forman parte de lo mejor de la literatura occidental.

La novela policial siempre ha tenido para nosotros un problema literario: para que estas obras sean piezas creadoras de verdad, para ser consideradas válidas dentro de la literatura, deben ser obras creadas con todas las características de buena anécdota, de estilo y escritura propios de toda creación literaria. Y esto en algunos, en muchos, momentos lo han sido las policíacas. Hay incluso obras maestras literarias como la de Dashiell Hammett. Y son buenas obras literarias porque son acabadas creaciones. El resto de lo que se conoce como policial es subliteratura porque son libros que no son trabajados como volúmenes de creación, escritas en cuidadoso estilo y con máxima imaginación.

El policial es un género con obra propia en muchas literaturas desde que lo formó Edgar Allan Poe en la norteamericana. Es por ello que mucho llama la atención cualquier producción de este género entre nosotros. Sobre todo cuando nos referimos a un libro que encaja plenamente en su modo y no es sub-literatura, como demasiadas novelas policíacas. Es más un libro acabado que también los lectores del género mucho gozaran. Nos referimos a la novela de Ana Teresa Torres: **El corazón del otro**. (Caracas: Alfadil, 2005. 284 p.).

Con ella ratifica la autora que es una de nuestras máximas novelistas. Su libro nos atrae no sólo por su anécdota, que nos fija al sillón de lectura hasta acabarla, sino porque desde su superficie hasta su interior profundo la encontramos hecha en hondo lenguaje, una lengua bien usada, bien pulida, que nos hace gozar como lectores y como cultores del lenguaje literario escrito en castellano.

Pero su libro es también una novela policial exacta. No podemos detenernos en su anécdota porque quitaríamos a sus lectores, que serán muchos, el gusto por perderse en su laberinto. Pero quienes se metan en sus páginas gozaran con una anécdota muy bien forjada, la cual no se devela ante nosotros sino en los párrafos finales. Es allí, sólo allí, que comprendemos qué es el "corazón del otro", por qué este exige justicia.

Hay un interesante hecho en la escritura de esta novela: la cantidad de citas intertextuales que enriquecen su fisonomía y nos hacen viajar hacia otras obras literarias, hacia los nombres de sus protagonistas, para llegar a una más honda comprensión del suceso de esta impecable novela. Y a veces, como en el caso de su personaje central (aunque su protagonista podría ser muy bien un cadáver traspapelado) nos lleva hasta una pieza de Mozart con el tiempo convertida en película. Son estos hechos lo que nos hace más sugeridora la lectura de esta novela porque sus referencias nos llevan hacia otros mundos, imaginados y bien recreados por su autora. Y crear otros mundos y llevar a los lectores a crearlos con su imaginación es precisamente lo que es la literatura: un espacio imaginado.

Cuando cerramos esta novela hemos gozado con su trama, con su historia diestramente contada, aunque también hemos asistido al nacimiento de la primera novela policíaca venezolana. No porque no haya otras antes sino porque esta es la realizada. La literariamente válida.

rlds@cantv.net

Publicado en El Mundo, Caracas: Mayo 31, 2005